MJ estudios

Familias carismáticas y pastoral con jóvenes

Óscar Bartolomé Fernández
Coordinador de Pastoral en los Salesianos de Avilés.
Licenciado en Teología de la Vida Religiosa.

Síntesis del artículo

El autor describe el origen carismático de la vida consagrada y resume su evolución histórica, y luego ofrece algunas consecuencias para la pastoral juvenil presente y futura.

Abstract

The author describes the charismatic origin of the consecrated life and summarizes its historical evolution, and then he offers some implications for present and future Youth Ministry.

Nos encontramos en pleno Año de la Vida Consagrada (del 30 de noviembre de 2012 al 2 de febrero de 2016), un período en el que el Papa Francisco nos ha marcado tres objetivos que nos hacen recordar, o sea, "volver a pasar por el corazón", lo que ha sido, es y debería ser la vida consagrada. Por eso, debemos mirar al pasado y agradecer a Dios tanto don recibido, vivir el presente con pasión siendo «profetas de la alegría» y soñar el futuro con esperanza y sin desanimarnos ante las dificultades y retos que nos presenta la cultura actual.

En este contexto me propongo hacer una rápida lectura de la historia de la vida consagrada tratando de captar la aportación de las diversas familias religiosas a lo largo de la historia para posteriormente sacar algunas consideraciones sobre cómo podría ser nuestra pastoral eclesial hoy, y sobre todo con los jóvenes. Parto de una premisa inicial, que considero básica para comprender todo el desarrollo de la vida consagrada a lo largo de la historia: el origen carismático y la acción constante del Espíritu Santo que acompaña a su Iglesia y, dentro de ella, a la vida consagrada.

1 Origen carismático de la vida religiosa

1.1 *El Espíritu Santo da vida a su Iglesia*

La vida consagrada, como don carismático del Espíritu a su Iglesia, pertenece «a su vida y a su santidad» (LG 44). La acción del Espíritu Santo en la vida consagrada es esencial. Sin Él sería difícil comprender este carisma (cf. ET 11). Es más, la vida consagrada como don carismático cuenta con la presencia del Espíritu Santo. Al igual que la Iglesia surge en Pentecostés de la fuerza del Espíritu (cf. *Mutuae relationes* 1-2), la presencia del Espíritu es más patente en los orígenes de cada carisma. Los fundadores y fundadoras hacen intuir que se está ante un tiempo en el cual el Espíritu irrumpe, dando respuestas a las necesidades de sanación. Suscita posibilidades nuevas. «*Todo instituto religioso nace de mucha fe, de mucho espíritu, de mucha generosidad, de un gran corazón; de la obra del Espíritu*»[1].

En *Vita consecrata* podemos leer que «como toda la existencia cristiana, la llamada a la vida consagrada está también en íntima relación con la obra del Espíritu Santo. Es Él quien, a lo largo de los milenios, acerca siempre nuevas personas a percibir el atractivo de una opción tan comprometida. Bajo su acción reviven, en cierto modo, la experiencia del profeta Jeremías: "Me has seducido, Señor, y me dejé seducir" (20,7). Es el Espíritu quien suscita el deseo de una respuesta plena; es Él quien guía el crecimiento de tal deseo, llevando a su madurez la respuesta positiva y sosteniendo después su fiel realización; es Él quien forma y plasma el ánimo de los llamados, configurándolos a Cristo casto, pobre y obediente, y moviéndolos a acoger como propia su misión. Dejándose guiar por el Espíritu en un incesante camino de purificación, llegan a ser, día tras día, personas cristiformes, prolongación en la historia de una especial presencia del Señor resucitado» (VC 19).

En el número 93 del mismo documento se lee también que la vida espiritual «debe ocupar el primer lugar en las familias de vida consagrada, de tal modo que cada instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica. De esta opción prioritaria, desarrollada en el compromiso personal y comunitario, depende la fecundidad apostólica, la generosidad en el amor a los pobres y el mismo atractivo vocacional ante las nuevas generaciones». Esto nos lleva a leer la vida consagrada a la luz de la espiritualidad, para comprender una vida que se vive en y desde el Espíritu[2]. Aunque no es una realidad única de los consagrados, en la forma de vida religiosa adquiere algunos matices particulares.

El Espíritu Santo[3] rejuvenece y vivifica la vida consagrada, a pesar de los numerosos signos de envejecimiento. La acción del Espíritu ayuda a vivir en los tiempos de incertidumbre y de dificultad. En época de crisis, el Espíritu asiste para descubrir la necesidad de despojarnos de lo superficial y descubrir lo que es puro don y gracia del Espíritu. El Espíritu hace gritar y suplicar dirigiéndose con confianza al Padre. El Espíritu es quien rehace el Reino de Dios en la historia. Es quien dice que Cristo está vivo. Es también quien muestra la imagen de Jesús en nosotros y nos da la fuerza y los puntos nodales para reconstruir la humanidad.

«Se debe recordar que la vida según el Espíritu no es una entidad artificial o un producto de la informática. Es naturaleza y es gracia y sigue un ritmo vital. Genera vida; pone alma y verdad en todo. Nos deja inspirados y en camino para responder a esa inspiración»[4].

El Espíritu, que va haciendo su trabajo en nosotros, nos pide una mayor intensidad en nuestra espiritualidad y un trabajo apostóli-

---

1 **J. M. Arnaiz**, *Vida consagrada, «una vida según el Espíritu»*, en «Revista de Vida Religiosa CONFER» 37 (1998) 553.

2 Cf. **S. Tassotti**, *La espiritualidad de la vida consagrada*, en «Vida Religiosa» 109 (2010) 441-445.

3 **J. M. Arnaiz** siguiendo las cuatro estaciones del año ofrece una reflexión sobre la vida consagrada según la vida en el Espíritu. Cf. **J. M. Arnaiz**, *Vida consagrada, «una vida según el Espíritu»*, 551-568.

4 **J. M. Arnaiz**, *Vida consagrada, «una vida según el Espíritu»*, 565.

co bien enfocado carismáticamente. Se hace necesario, por lo tanto, cultivar una constante actitud de discernimiento. Aunque vamos dando pasos en el descubrimiento de la presencia del Espíritu en la vida consagrada, quizás tengamos que seguir soñando con una vida consagrada guiada por el Espíritu[5].

1.2 *La vida consagrada, un don para la Iglesia*

Los consejos evangélicos, y por añadidura, como nos recuerda el documento conciliar *Lumen Gentium*, la vida consagrada, son un don de Dios, que la Iglesia ha recibido de su Señor y con su gracia los conserva. Además nos recuerda el mismo documento que «Dios llama a algunos cristianos de ambos estados a gozar de un don particular en la vida de la Iglesia y a contribuir, cada uno a su manera a la misión salvadora de ésta» (LG 43).

A partir de la semilla puesta por Dios, la vida consagrada se ha ido desarrollando hasta formar un gran árbol en el campo del Señor, pues han crecido «diversas formas de vida, solitaria o comunitaria, y diversas familias religiosas que se desarrollan para el progreso de sus miembros y para bien de todo el cuerpo de Cristo» (LG 43).

El Espíritu Santo, «Señor y dador de vida», o «vida de mi vida», como dijera San Agustín, se nos presenta por sus múltiples dones[6], y en la vida consagrada tiene una clara manifestación de esa multiforme gracia, de la que ya san Pablo nos hablaba y nos instruía diciendo que «hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo» (1Cor 12,4).

Podríamos decir, parafraseando el título de un libro del claretiano Aquilino Bocos Merino, que la vida consagrada es «un relato del Espíritu»[7]. Un relato, una historia marcada por la presencia constante del Espíritu en los momentos de luz y en los menos luminosos. Un relato, una historia creativa y novedosa, que ha ido gestando diversas formas de vida consagrada que se han ido adaptando a los cambiantes contextos históricos. Podríamos afirmar que los carismas han sido a lo largo de la historia de la Iglesia y, por lo tanto, de la vida consagrada, una provocación constante para toda la comunidad cristiana y una llamada apremiante a vivir con autenticidad lo que el evangelio pide a todo cristiano[8].

2 Las familias religiosas

Más allá de toda diferencia, los miembros de cualquier instituto deben tener presente, sobre todo, que por la profesión de los consejos evangélicos han dado una respuesta a la llamada divina y que «los miembros de cualquier instituto, buscando ante todo y únicamente a Dios, han de unir la contemplación con el amor apostólico. Por la contemplación se unen a Dios con su espíritu y corazón; con el amor apostólico se esfuerzan en asociarse a la obra de la redención y a la extensión del Reino de Dios» (PC 5). Por lo tanto, esto está a la base de cualquier familia religiosa, pues es el denominador común de toda forma de vida consagrada.

2.1 *¡Atentos a la voz del Espíritu!*

El carisma fundacional es el don que el Espíritu Santo hace a la Iglesia y que es recibido por una o varias personas, fundador o grupo fundacional, que lo viven en primera persona en sus rasgos esenciales de una manera «radical». El don permanece como lo esencial de una determinada familia carismática a lo largo de su existencia. Es lo primero y de él se derivan todas las consecuencias. El carisma fundacional surge para la misión; pero ilumina, al mismo tiempo, muchos otros aspectos de la vida de los componentes de la familia fundada: comunidad, espiritualidad, oración, formación, liderazgo… Como podemos

[5] **B. Pérez Ortiz**, *Un sueño… la vida religiosa guiada por el Espíritu Santo*, «Revista de Vida Religiosa CONFER» 37 (1998) 569-573.

[6] Cf. **V. Codina**, *«No extingáis el Espíritu» (1 Ts 5,16). Una iniciación a la Pneumatología*, Sal Terrae, Santander 2008.

[7] Cf. **A. Bocos Merino**, *Un relato del Espíritu. La vida consagrada postconciliar*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2011.

[8] Cf. **F. Ciardi**, *Los carismas, el evangelio hecho vida*, en «Revista de Vida Religiosa CONFER» 47 (2008) 797-812.

leer en *Mutuae relationes* 11, «el carisma de los fundadores se revela como una experiencia del Espíritu, transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en continuo crecimiento». Pero también la acción del Espíritu actualiza los carismas fundacionales. *Vita consecrata* nos habla de la «fidelidad creativa» (VC 37).

Ahora bien, ese carisma fundacional se da en un determinado contexto histórico, social y cultural. Por lo tanto, la primera realización del carisma es lo que se considera proyecto fundacional. Un proyecto fundacional que responde a unas circunstancias determinadas y que puede variar y debe hacerlo según van cambiando las circunstancias sociales y culturales. *Los proyectos fundacionales desaparecen, pero los carismas fundacionales permanecen.* La única manera de ser fieles a nuestro carisma es vivirlo y desarrollarlo para que no quede obsoleto. Cada pequeña crisis hace que una congregación o familia religiosa se adapte y elabore un proyecto diferente. Obviamente es preciso acudir a las orientaciones del carisma fundacional para actualizarlos. Un mismo carisma fundacional se puede materializar en proyectos fundacionales distintos que ponen en acción el carisma para responder a necesidades diferentes. Que el carisma fundacional sigue vivo significa que continúa suscitando hoy compromisos, acciones, actitudes… que responden a las necesidades y carencias de una realidad concreta: necesidades distintas, creyentes con dones distintos, en ambientes distintos… darán lugar a proyectos carismáticos distintos.

Al principio, normalmente, a un carisma le correspondió un proyecto. Pero, a veces, después del primer proyecto aparecen otros diferentes. Surgen distintas congregaciones con un mismo carisma, pero con distintos proyectos. También pueden surgir diferentes «familias carismáticas» que aglutinan, asocian, los proyectos nacidos a parir de un mismo carisma fundacional bajo un mismo techo. Son proyectos distintos comprometidos en una misma misión, desarrollada desde una misma espiritualidad.

2.2 *Unidad en la diversidad y en la Misión*

Pero antes de la diversidad está la unidad en el objetivo de los consagrados: mostrar a Cristo, nuestra «regla suprema» (PC 2), ya sea «en oración en el monte, o anunciando a las gentes el Reino de Dios, curando a los enfermos y lisiados, convirtiendo a los pecadores en fruto bueno, bendiciendo a los niños, haciendo el bien a todos, siempre obediente a la voluntad del Padre que lo envió» (LG 46). Así, todo consagrado es colaborador de la Misión de Dios, toda familia carismática, de una u otra manera, desde una u otra misión, es colaboradora junto con todos los miembros que formamos parte del pueblo de Dios de dicha Misión de Dios y de su Espíritu.

La comunión nos recuerda que «hay en la Iglesia diversidad de ministerios, pero unidad de misión» (AA 2). La misión procede de Dios y en la Iglesia el impulso misionero nace del Espíritu. De esta manera todos los carismas, vividos desde cualquier forma de vida cristiana, están o deberían estar al servicio de la *Missio Dei*[9].

3 Apuntes históricos

Bajo la amorosa y solícita guía del Espíritu Santo los consagrados, a lo largo de la historia, con un mosaico ingente de grupos y familias religiosas, han sido fieles a lo esencial de su ser: amar a Cristo y seguirlo, pero se han diferenciado en los modos de hacerlo. En otras palabras, unidos en la Misión y convocados todos a seguir a un mismo Señor, la historia nos recuerda que las concreciones de esa acción misionera de la Iglesia es muy rica y variada, pues «desde los comienzos de la Iglesia hubo hombres y mujeres que intentaron, con la práctica de los consejos evangélicos, seguir con mayor libertad a Cristo e imitarlo con mayor precisión. Cada uno, a su manera, vivió entregado a Dios. […] Desde entonces, Dios ha querido que surgiese una maravillosa diversidad de congregaciones religiosas que han contribuido mucho a la vida

9 Cf. **J. C. R. García Paredes**, *Teología de la Vida Religiosa*, BAC, Madrid 2002, 153-167.

de la Iglesia. Así, ésta no sólo está preparada para toda buena obra (cf. 2Tim 3,17) y dispuesta al servicio para construir el Cuerpo de Cristo (cf. Ef 4,12); aparece también adornada con los diversos dones de sus hijos, como una esposa que se ha arreglado para su esposo (cf. Ap 21,2), y por ella se da a conocer la sabiduría de Dios en sus muchas formas (cf. Ef 3,10)» (PC 1).

Sería muy prolijo hacer un estudio histórico del desarrollo de la vida consagrada desde su «nicho biológico» hasta nuestros días[10]. Simplemente apuntaré algunos rasgos fundamentales de la historia de la vida religiosa en la que se incluyen los grupos o las familias religiosas más conocidas y, en muchos casos, más numerosas, aunque esto no quiere decir ni que sean más significativas ni más importantes que otros grupos o familias que han tenido una existencia más breve en el tiempo o tienen un número menor de miembros o son menos conocidos. Sin ser exhaustivo subrayo algunos de estos momentos más significativos.

No podemos comenzar un análisis de la historia de la vida religiosa sin reconocer que, ya antes de que existiera el monacato en la religión cristiana, existieron otras formas de vida monástica. El monacato cristiano hunde sus raíces en Cristo. El cristocentrismo es su nota dominante con el seguimiento de la vida y enseñanza de Jesucristo. Podemos preguntarnos por qué no surge hasta después de tres siglos de existencia del cristianismo. ¿Quizás porque los cristianos ya vivían un seguimiento de Cristo auténtico y radical? De lo que no cabe duda es de que la comunidad apostólica de Jerusalén (cf. Hch 2-4) se convierte en un claro modelo desde los orígenes del cristianismo.

En los primeros siglos del cristianismo el martirio marca radicalmente el seguimiento del Señor. Cuando deja de arreciar la persecución surgirá el carisma de una entrega total y ascetas y vírgenes demostrarán entonces con su vida el amor incondicional a Cristo.

Hacia los siglos III-IV algunos cristianos se separan de la comunidad y se retiran al desierto. San Antonio y otros muchos son ejemplo de ese estilo de vida retirado, pero que nunca olvida al resto de la comunidad. Buscan a Dios en la soledad y en su propio corazón luchando contra todo tipo de «demonios».

San Pacomio será el primero en regular el cenobitismo. San Agustín, como obispo, desarrollará la vida consagrada en el norte de África. Más tarde será san Benito quien dé vida en Europa a un nuevo estilo de monacato. Su Regla y su estilo de vida monástica marcarán profundamente durante varios siglos la geografía europea. Los monasterios se convertirán en centros de oración, de cultura y en espacios de trabajo. El benedictinismo en Europa conocerá diferentes reformas en las que se actualizará continuamente. Pensemos en san Benito de Aniano y en Cluny, con su centralismo litúrgico, o pensemos en Cîteaux y la maravillosa *Charta Caritatis* de san Esteban Hardin. Estas reformas, sin ser las únicas del benedictinismo, fueron actualizando el mensaje y espíritu de san Benito.

En este período medieval no faltaron otros grupos, más reducidos, que pusieron de manifiesto su pasión por el Señor y trataron de seguirlo combinando la vida cenobítica y la vida eremítica, como son la Camáldula o la Cartuja.

Los canónigos regulares de san Agustín, a comienzos del siglo XII, ofrecen una combinación entre la vida monástica y el apostolado, que muy pronto se convertirá en la clave de la vida consagrada de los siglos sucesivos.

---

10 Para una profundización mayor en la historia de la vida consagrada: **J. Álvarez Gómez**, *Historia de la Vida Religiosa.* Volumen I: *Desde los orígenes hasta la reforma cluniacense*, Claretianas, Madrid 1987; Id., *Historia de la Vida Religiosa. Volumen II: De los Canónigos* Regulares hasta las reformas del siglo XV, Claretianas, Madrid 1989; Id., *Historia de la Vida Religiosa. Volumen III: Desde la «Devotio moderna» hasta el Concilio Vaticano II*, Claretianas, Madrid 1990. Para una breve y reciente visión de la historia de la vida consagrada: cf. **J. I. González Villanueva**, *Nacimiento y desarrollo de los movimientos ascéticos y el monacato hasta el siglo XIII*, en «Sal Terrae» 103 (2015) 63-79; **A. Bellella Cardiel**, *«Siempre antigua y siempre nueva». La vida consagrada del siglo XV hasta nuestros días*, en «Sal Terrae» 103 (2015) 159-170. También puede ser interesante por las claves que ofrece para comprender la historia de la vida consagrada, el artículo: **M. Á. Orcasitas**, *Lecciones de la historia. Claves de revitalización y mejora*, en **J. C. R. García Paredes** y **F. Prado** (eds.), *Revitalización carismática y mejora organizativa*, Claretianas, Madrid 2007, 55-84.

Las Órdenes Mendicantes del XII y XIII desarrollan la que será la forma de vida apostólica, que sentará las bases para la vida consagrada de los siglos siguientes. Franciscanos o dominicos, con su amor a la pobreza y a la predicación, serán carismas que darán a la Iglesia numerosos grupos que se inspirarán en estas espiritualidades. Pero en estos períodos medievales tampoco faltaron aquellos grupos que de diferentes maneras quisieron prestar una especial atención a los peregrinos o los enfermos. La *fuga mundi* cobra un nuevo cariz, pues no será un apartarse del mundo, ya que los monasterios comenzarán a formar parte de la vida de las ciudades. Los santos fundadores de estas nuevas órdenes nos recuerdan una vez más que la verdadera Regla de vida es el Evangelio de Jesucristo, seguramente conocemos el caso de Francisco de Asís de una manera especial. Estas órdenes buscan imitar a Cristo pobre, a Cristo que predica, a Cristo que acoge al enfermo o al peregrino… en definitiva, se ponen en camino por Él.

En la época moderna adquiere una relevancia especial la espiritualidad de la *Devotio Moderna*. La *Imitación de Cristo* se convertirá en clave de bóveda en la espiritualidad de este período.

Lentamente la pasión apostólica y la forma de vida apostólica tomarán mayor cuerpo, y las nuevas congregaciones colaborarán de una forma mayor en la misión de la Iglesia. «Los nuevos consagrados, en especial la Compañía de Jesús, se formarán seriamente para la misión. Constituirán cuerpos apostólicos especializados (especificando con un cuarto voto la tarea principal o el elemento característico) y se estructurarán internamente en función del apostolado. Este prototipo religioso-sacerdotal, con sus matices carismáticos y algunas singularidades jurídicas, se mantendrá fundamentalmente en las sucesivas fundaciones clericales de los siglos siguientes: las Sociedades de Vida Apostólicas y las Congregaciones»[11]. El «cuarto voto» especifica de alguna manera lo que será la misión de cada familia religiosa.

A partir del siglo XVI se seguirá desarrollando la caridad de distintas maneras, antiguas y nuevas. Pero no faltarán profundas reformas también de la vida monástica. Pensemos en todo lo que supuso la reforma de santa Teresa de Jesús y la gran influencia hasta nuestros días de la familia carmelitana. La labor misionera, con la apertura a nuevas tierras de misión, marcó esta época. Por otro lado, la labor educativa irá cobrando progresivamente una especial importancia, y serán muchas las congregaciones religiosas que se dedicarán a la enseñanza. Las religiosas, bajo una rigurosa clausura y dedicadas a la vida contemplativa, gradualmente y no sin dificultades, se sumarán a esta labor apostólica de la Iglesia. Podemos destacar a Mary Ward y la fundación del Instituto de la Bienaventurada Virgen María con el objetivo de educar a las niñas desde una fuerte inspiración ignaciana, o más tarde las Hijas de la Caridad y la interesante aportación de la familia vicenciana.

Después de la Revolución Francesa la mujer irá cobrando un mayor protagonismo en la vida consagrada apostólica y se dará un *boom* de nuevos institutos que, una vez más, tratan de responder a las exigencias de su tiempo. Podemos poner el ejemplo de los Salesianos de Don Bosco y la familia salesiana, por nombrar solamente un grupo de los muchísimos nacidos en el convulso y rico siglo XIX.

Ya cercano a nuestros días, el Concilio Vaticano II ha sido un hito importante de esta historia. En él se pidió una adecuada renovación de la vida consagrada a los tiempos cambiantes, en los que cada vez se hacía más patente el secularismo y se intuía una separación mayor entre la cultura actual y la religión. La vida consagrada ha sufrido este cambio y esta renovación en su propia carne, en su propio carisma[12]. Hoy es más inter-

[11] **A. Bellella Cardiel**, *«Siempre antigua y siempre nueva». La vida consagrada del siglo XIII hasta nuestros días*, en «Sal Terrae» 103 (2015) 164.

[12] Se pide volver a los orígenes y eliminar todo aquello que no es carismático para que lo que sí lo es viva. En palabras de **J. B. Metz**, podemos decir que «en las órdenes debería darse algo así como un ars moriendi, pero no como expresión de resignación, o como estoica aceptación de lo inevitable, sino como signo viviente del Espíritu. Se trata del "arte" de saber cesar, desaparecer y morir, no sólo a nivel individual, sino en cierto modo colectivo, como fundación. Debería darse también la capacidad de decir adiós a hábitos de vida muertos, a costumbres vacías de sentido, a reglas frías. Así considerado, el ars moriendi es uno de los elementos del ars

nacional y más global, pues su labor ya no es tan eurocéntrica como en otras épocas. Constatamos que la vida consagrada sigue viva y lo avalan las numerosas congregaciones o nuevas formas de vida consagrada surgidas en los últimos años[13].

La vida consagrada sigue siendo monástica y apostólica, con un gran abanico de familias religiosas, y como afirma el Papa Francisco en la reciente *Carta a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada*: *«La fantasía de la caridad no ha conocido límites y ha sido capaz de abrir innumerables sendas para llevar el aliento del Evangelio a las culturas y a los más diversos ámbitos de la sociedad».*

Esta historia, más que un mero enunciado de nombres y fechas, es una historia de caridad[14], en la que se ha puesto de manifiesto lo que pueden hacer aquellos que se sienten atraídos por el amor de Cristo. El Obispo de Roma, en la citada carta a los consagrados, nos dice: «Me dirijo a todo el pueblo cristiano, para que tome conciencia cada vez más del don de tantos consagrados y consagradas, herederos de grandes santos que han fraguado la historia del cristianismo. ¿Qué sería la Iglesia sin san Benito y san Basilio, san Agustín y san Bernardo, san Francisco y santo Domingo, sin san Ignacio de Loyola y santa Teresa de Ávila, santa Ángela Merici y san Vicente de Paúl? La lista sería casi infinita, hasta san Juan Bosco, la beata Teresa de Calcuta. El beato Pablo VI decía: "Sin este signo concreto, la caridad que anima la Iglesia entera correría el riesgo de enfriarse, la paradoja salvífica del Evangelio de perder garra, la "sal" de la fe de disolverse en un mundo de secularización" (*Evangelica testificatio*, 3)».

4 ¿Qué han aportado estas familias religiosas a las jóvenes generaciones?

La existencia de tantos institutos nos recuerda, más allá de los acontecimientos que han marcado su vida más o menos larga, que todos han vivido una espiritualidad enraizada en las fuentes cristianas y desde sus fundadores cada familia carismática ha intentado vivir de manera actualizada su ser con radicalidad y en los tiempos en los que les tocaba vivir. Cuando esto no ha sido así no ha faltado la decadencia, la falta de credibilidad y el debilitamiento de la vida consagrada y, por tanto, de la Iglesia. La historia enseña que muchas congregaciones han surgido y desaparecido, pero el Espíritu sigue enriqueciendo al mundo con nuevos grupos que responden a los nuevos retos.

Siendo un poco pretenciosos podemos preguntarnos qué es lo que han que aportado los fundadores, en primer lugar, y cada familia carismática a los jóvenes para atraer a tantos seguidores. Si pensamos en la familia benedictina, en la franciscana, en la dominicana, en la carmelitana, en la vicenciana… ¿qué han aportado y qué siguen aportando hoy?

Quizás los jóvenes han descubierto una persona o un grupo de personas que han sido capaces de captar las necesidades e inquietudes de cada época, que han sido capaces de hacer propuestas de vida auténtica, que han sido capaces de lanzar nuevos retos que daban sentido a la propia vida y animaban la vida de numerosos hombres y mujeres que desde una motivación profunda de fe han sabido acoger al necesitado, al pobre, al enfermo… y desde el amor les han dado lo mejor que tenían: a Jesús y su mensaje de salvación. ¿Será esto lo que siguen captando hoy los jóvenes que se acercan a nuestros institutos para discernir su vocación? ¿Sigue aportando hoy algo la vida religiosa a los jóvenes[15]?

---

vivendi. Crea una libertad y una renuncia que se convierten de nuevo en testimonio del Espíritu en la Iglesia, ya por el simple hecho de que sólo a través de ellas surge ante la mirada lo nuevo, lo que imprime un nuevo giro a las crisis cada vez que éstas se producen». **J. B. Metz**, *Las Órdenes religiosas. Su misión en un futuro próximo como testimonio vivo del seguimiento de Cristo,* Herder, Barcelona 1978, 105-106.

13 Cf. **G. Rocca**, *Nuevos institutos, fusiones, supresiones y «nuevas formas»*, en **J. M. Alday** (ed.), *Un futuro para la vida consagrada*, Claretianas, Madrid 2012, 177-188.

14 **J. M. Laboa Gallego**, *Por sus frutos los conoceréis. Historia de la caridad en la Iglesia*, San Pablo, Madrid 2011.

15 Cf. **A. Cencini**, *«Mirad al futuro…» Por qué aún tiene sentido consagrarse a Dios*, San Pablo, Madrid 2013.

5 ¿Qué nos puede decir esto a nuestra pastoral?

De esta historia de la vida religiosa en sus diferentes manifestaciones y familias carismáticas creo que podemos sacar algunas consideraciones interesantes para nuestra praxis pastoral. Una pastoral ordinaria, que como nos recuerda el Obispo de Roma en su Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, «se orienta al crecimiento de los creyentes, de manera que respondan cada vez mejor y con toda su vida al amor de Dios» (EG 14). Por eso nuestra pastoral tiene que pasar de una pastoral «de mera conservación a una pastoral decididamente misionera» (EG 15) y debe estar marcada por la continua conversión, por estar en estado permanente de misión para volver al corazón mismo del Evangelio (Cf. EG 25-33). Quizás podemos aprender que es necesaria:

a) **Una pastoral que abre a la trascendencia.** Desde los primeros anacoretas hasta el último consagrado que ha entrado en cualquier instituto ha estado presente la búsqueda o el anhelo de encontrarse con Dios. Benedicto XVI nos recordó que somos «buscadores de Dios». Nuestra pastoral tiene que ofrecer caminos y propuestas en los que se den las herramientas, los espacios y los momentos para buscar a Dios. Ante tanta falta de sentido, ofrecer itinerarios que puedan llenar una vida de sentido se hacen más necesarios que nunca. Quizás pueden ser para nosotros modelos de esta apertura a la trascendencia, de la apertura a Dios, de espacios privilegiados para encontrarse con uno mismo o con Dios tantos monasterios de vida contemplativa que en nuestra geografía y en toda nuestra Iglesia universal son espacios abiertos y acogedores para aquellos que se quieren acercar a descubrir cómo se puede orar. Seguramente todos nosotros conocemos algunos de esos pequeños «oasis».

b) **Una pastoral cristocéntrica.** Todas las familias carismáticas y todo consagrado no ha buscado otra cosa que hacer de Dios el centro de su vida, el único amor de su ser. En Jesús encuentra el modelo para hacer concreto su ser de buscadores de Dios y servidores de los hombres. Nuestra pastoral tiene que estar centrada en Cristo. Él es el hombre perfecto, el que hace nuevas todas las cosas, quien asume en su propia carne nuestra condición humana y se encarna en nuestra historia. Hacer de Cristo el centro de nuestra pastoral nos exige hacernos prójimos de nuestros hermanos y asumir nuestra cultura.

c) **Una pastoral «actualizada».** ¿Qué quiero decir con actualizada? No sé si tiene que ser una pastoral 2.0 o 3.0, lo que sí tengo claro es que cada orden, congregación o instituto ha dado respuesta en un determinado momento a problemas concretos. Han dado respuesta a los problemas de los hombres y mujeres de su época, no a problemas inexistentes o problemas del pasado. En este sentido el Concilio Vaticano II nos da sugerentes orientaciones. Necesitamos una pastoral que se actualiza con rapidez y que está al día de los problemas más acuciantes de hombres y mujeres.

d) **Una pastoral que mira al necesitado.** El inmovilismo, el «siempre se ha hecho así»… no han sido las claves de la vida consagrada. Tenemos cercano el ejemplo de Madre Teresa de Calcuta: fue capaz de abandonar su congregación para dar una respuesta más radical a las situaciones de dolor que ella veía. Nuestra pastoral no puede olvidar en ningún momento a todos aquellos que están al borde del camino, a todos aquellos que por una u otra circunstancia han sido apaleados y dejados medio muertos… Nuestra pastoral, por lo tanto, tiene que ser una «pastoral samaritana». ¡Cuántos santos nos dan ejemplos de acogida incondicional al pobre y necesitado! Con la familia franciscana tendríamos que abrazar la pobreza y al pobre, con la familia salesiana curar y prevenir situaciones de dolor para tantos niños y jóvenes que hoy siguen siendo explotados y violados sus derechos. Sin lugar a dudas podríamos decir lo mismo de cada familia carismática.

e) **Una pastoral «en comunión».** Es interesante estudiar los inicios de las congregaciones o institutos. La mayoría de ellas han necesitado la ayuda de otras. Nuestra Iglesia comunión nos muestra que todos somos necesarios en la Misión de Dios, pero nadie imprescindible. Por otro lado, los primeros grupos de cada congregación han sido grupos que han vivido una fuerte e intensa experiencia de comunión en torno al fundador o fundadora. Han recreado la vida, a su modo, de la comunidad de Jerusalén. Nuestra pastoral no puede entenderse hoy si no es en comunión con toda la Iglesia y en comunión y armonía con todos los agentes que trabajamos en ella. Es el tiempo de acabar con los «guetos», con los «capillismos»… para actuar desde las sinergias y la mutua colaboración en la Misión de Dios en nuestro mundo.

f) **Una pastoral «libre» y creativa.** Si por algo se ha caracterizado la vida consagrada a lo largo de su historia es porque, animada por el Espíritu Santo, ha sido capaz de salirse de lo establecido, de «saltarse» la norma establecida, que muchas veces ataba, para ofrecer caminos nuevos, aunque desde la jerarquía o desde los grupos más tradicionales no se entendiese lo que el nuevo grupo quería hacer. Si pensamos en la fundación de números institutos religiosos nos daremos cuenta de esta realidad. El carisma ha sido capaz de superar las ataduras de lo establecido. Hoy nuestra pastoral ha de ser libre y creativa para ofrecer nuevas propuestas de acción, tanto a nivel celebrativo como de encuentro y relación. El Obispo de Roma nos habla, como ya hemos citado más arriba, de la «fantasía de la caridad». Dicho de nuestra pastoral podríamos hablar de la «fantasía de la pastoral», una creatividad que nos hace rompernos la cabeza para seguir proponiendo a nuestros contemporáneos de manera actual el mensaje de Jesús, que nos hace ser evangelizadores en constante renovación a pesar de nuestros errores y fracasos.

g) **Una pastoral atrevida, arriesgada.** Los santos fundadores, y tras ellos toda la familia carismática, no se han amedrantado ante las dificultades. Han propuesto estilos nuevos de hacer, y conservando lo esencial se han arriesgado hasta la temeridad en la lucha a favor del pobre y del necesitado, en la atención caritativa al desvalido. Siempre con la única arma de su confianza en el Señor, pues sabían de quién se habían fiado. Nuestra pastoral ha de ser atrevida, propositiva a pesar de las dificultades o rechazos.

h) **Una pastoral atrayente.** Está claro que el mejor testimonio es la propia vida, no las palabras. Esto nos está pidiendo que nuestra pastoral no sea una pastoral de muchos discursos, de elaborados reflexiones y de sesudos y organizados programas de acción, que son necesarios; nos está exigiendo sobre todo *coherencia de vida*. Este es el mejor testimonio y probablemente el más atrayente. Una vez más los santos y santas fundadores son un ejemplo meridiano.

Estas son algunas de las aportaciones que a raíz de la vida consagrada y de sus familias carismáticas creo que pueden ayudar a renovar y centrar nuestra pastoral. Algunos han dicho que la vida consagrada es el termómetro de la vida de la Iglesia. Si esto ha sido así en muchos momentos de la historia de la Iglesia, ojalá se pueda decir que la pastoral de la vida consagrada de hoy marca la pauta de la pastoral eclesial.

Hace algún tiempo escuchaba que «la vida de un santo es una revolución». Ciertamente con ellos surge algo nuevo y sorprendente. Probablemente nosotros no llevemos a cabo una gran revolución, pero si todas nuestras familias carismáticas vuelven a sus orígenes seguramente la pastoral de la Iglesia tendrá una nueva primavera.

ÓSCAR BARTOLOMÉ FERNÁNDEZ

25 PREGUNTAS

Colección que responde con rigor y sencillez a las inquietudes de los creyentes sobre temas relacionados con la fe y la moral católica.

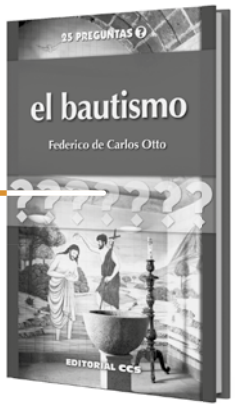
Las bienaventuranzas

José Antonio Badiola. NOVEDAD. P.V.P. 8 €

Este pequeño libro constituye un verdadero itinerario espiritual, porque las bienaventuranzas representan el centro del Evangelio. El autor explica el sentido de las bienaventuranzas especialmente siguiendo el texto de san Mateo y de san Lucas en los evangelios sinópticos y concluye resaltando su mensaje central.

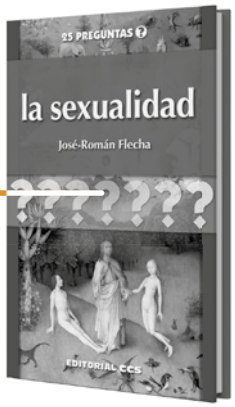
Moral cristiana

Eugenio Alburquerque. P.V.P. 7 €



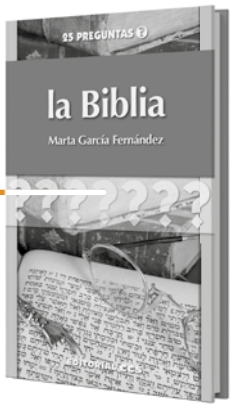
El bautismo

F. de Carlos Otto. P.V.P. 6 €



La sexualidad

J. R. Flecha. P.V.P. 9,50 €

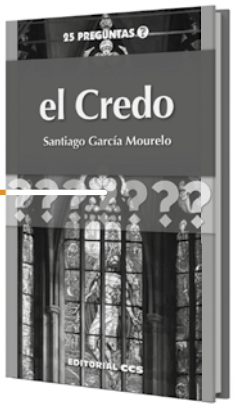


La Biblia

Marta García Fernández. P.V.P. 7 €

La esperanza

José-Román Flecha. P.V.P. 7,50 €



El Credo

S. García Mourelo. P.V.P. 7,90 €

EDITORIAL CCS

Calle Alcalá 166. 28028 Madrid

91 725 20 00 • 91 726 25 70 sei@editorialccs.com

... y mucho más en www.editorialccs.com